

PRISIONEROS DE COLOR

En esta sección *ISLAS* brinda a sus lectores el testimonio excepcional de las víctimas del sistema penitenciario de Cuba. Por estas páginas pasaron las historias de muchos afrodescendientes que han tenido que enfrentar el desprecio por la dignidad, la integridad humana y la justicia en el sistema carcelario cubano. Ahora se ofrecen, en la voz de sus protagonistas, nuevas particularidades y detalles de una tragedia que, tantas veces sumida en el silencio, ha marcado con dolor y trauma a miles de familias cubanas.

En el abismo del dolor V

Guillermo Ordóñez Lizama
 Periodista independiente
 Secretario ejecutivo del *Observatorio Ciudadano contra la Discriminación* (OCD)
 La Habana, Cuba

Muchos cubanos recordamos los intensos días de fiesta vividos en el verano de 1978, a propósito de la celebración del XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. Del 28 de julio al 5 de agosto, unos dos mil jóvenes de decenas de países coincidieron en Cuba para desarrollar un diverso programa de actividades culturales, deportivas y políticas que, marcadas por el signo ideológico del pensamiento revolucionario y antiimperialista de la época de la guerra fría, arrastraron a millones de cubanos a las calles, teatros y plazas para disfrutar del carnaval revolucionario, sin imaginar que el dolor y la impotencia invadiría a muchas familias, agobiadas por la arbitrariedad e impune represión de las autoridades.

El liderazgo de La Habana tuvo la brillante idea de garantizar la tranquilidad y el orden para su fiesta llenando las prisiones con miles de jóvenes —en su inmensa mayoría afrodescendientes— que recogieron sin que hubieran cometido delito alguno. La redada se fundamentaba en que esos ciudadanos podían, con su comportamiento social, ensom-

brecer el panorama y dar una imagen indeseable durante el festival. Así, sin más argumento o justificación legal, las víctimas de ese nuevo crimen de la indolencia y la impunidad revolucionarias fueron hacinadas durante meses en las galeras y naves de las prisiones cubanas. Así surgió la infame ley de peligrosidad que tanto dolor y frustración ha sembrado en las familias cubanas.

Fui testigo excepcional de la tragedia que describo. Me encontraba esperando un juicio por hurto, que me habían imputado un año antes, cuando esa misma indolente arbitrariedad arrebató mi libertad y rompió en pedazos mis sueños adolescentes. Hasta aquel paraje de desolación llegaron las nuevas víctimas, muchas de los cuales parecían no creer todavía lo que estaba sucediendo. Parecía imposible que estuviera viendo lo inimaginable respecto al trato entre humanos. El hambre tenía su meca en ese lugar, las enfermedades infecciosas estaban a la orden del día y la solución era fumigarlos constantemente con pesticidas, mientras seguíamos hacinados en la podredumbre de las celdas húmedas, en la cuales teníamos

que convivir junto con toda la indolencia y el silencio que identifican a este sistema.

En aquellas infernales galeras de la prisión habanera de La Cabaña –una fortaleza construida en el siglo XVIII– los días se tornaban interminables, las cotidianas violaciones y agresiones homosexuales sembraban la angustia y el terror en el alma de quienes nunca imaginamos tener que enfrentar un reto de tal envergadura. Estos jóvenes injustamente recluidos debieron acostumbrarse a ser cotidianamente humillados por las autoridades, que con total impunidad pisoteaban la dignidad de los seres humanos sumidos en desgracia y acallaban nuestras ansias de libertad, que no encontraban respuesta ni aliciente en las leyes ni en las estructuras inoperantes y mentiroosas.

La impune arbitrariedad se ensañaba con los reclusos. La incertidumbre de no saber cuándo serían liberados se agravaba por la cruel práctica de encontrar a los militares apostados en los alrededores de las prisiones para, después de ser liberados, atrapar al ex recluso y aplicarle una medida de seguridad por índice de peligrosidad pre delictiva, la cual consistía siempre en más de 180 días y hasta 4 años de internamiento.

Allí eran cotidianos los experimentos con la alimentación, que en millares de ocasiones era un supuesto arroz, que por su textura nombrábamos alpiste. También lo eran absurdas medidas carcelarias ante un acto de violencia o hecho de sangre, como 21 días de aislamiento en una celda con las peores condiciones imaginables, además de la imposición de lemas y consignas para hacer del humano común un guíñapo al servicio de la vileza y un esclavo del abuso.

Vi a millares de hombres, después de ser violados sexualmente, aceptar la prostitución de su carácter sin más opción. Viví y soy testigo de muchísimos seres que, con su alma

lacerada sin remedio, miran pavonearse a su único verdugo hablando de justicia, como si no fuera el único culpable de su tragedia personal. Muchos dementes que pasean sin voz por esta ciudad quedaron entonces varados en un ayer sin salida posible, sin la seguridad de reconocer en ciertas noches si ya volvieron a sus casas o si esa noche volverá su sexualidad a ser tomada por la fuerza.

El sistema de reeducación, con todo su cuerpo de militares semi analfabetos, se enfrentó a una situación altamente comprometedora. El gobierno dio la orden de silenciar, ante las juventudes izquierdistas del planeta, la realidad de una juventud que podía comenzar a ver el mundo desde otra dimensión. El sacrificio no era cuestión que les importara y fuimos cientos y miles los sacrificados. El abarrotamiento de las prisiones no tuvo límites: llegamos a vivir más de 300 hombres en celdas con 120 camastros.

Las autoridades dejaban como opción inapelable asilarse en las pateras, sitios de aislamiento donde convivían los homosexuales confesos, para que desde ese momento quedase el individuo humillado, con menos credibilidad y al borde de la peor de las discriminaciones, puesto que también recibían el desprecio de los mismos homosexuales.

La otra alternativa era recurrir constantemente a la violencia, convirtiéndote en un ser semisalvaje y objeto de manipulación de los que sí sabían cómo manejar ese mundo. Además había que soportar tremendas golpizas de los militares, quienes con el plan de machete, al cual le cubrían con esparadrapo el área del filo, nos sometían a la obediencia.

En muchas ocasiones había que agredir al azar para liberarse de alguna que otra circunstancia inminente. No por ello la penalidad era menor y no había ningún tipo de profilaxis para evitar estas situaciones, que

muchas veces provocaron muertes innecesarias con el conocimiento por adelantado de las autoridades. Esto dio como resultado que el escenario se tornara cada vez más violento y las medidas fueron a extremos inconcebibles. En la prisión Combinado del Este montaron el destacamento número 47, más bien conocido por Pizzería o Castillo de Eiffel, adonde paraban cientos de hombres muertos, locos, tuberculosos, con la piel dañada con cáncer debido a la humedad que se sufría por años. Allí cundían las golpizas, la alimentación pestilente y siempre escasa, las decisiones de apalearnos sin sentido, según el ánimo del militar de turno. La sarna convivía con nosotros por falta de salubridad.

Esta es la razón ineludible de mi voluntad, de mi compromiso con este testimonio. Estos son los actos acallados que necesito desnudar, para que los fantasmas atormentadores del pasado salgan a la luz y el silencio de tanto dolor no prosiga creciendo y salvando la imagen de ingenuidad con que se viste la llamada revolución cubana ante los ingenuos.

Quienes se empeñan en creer en las bondades de este sistema absurdo y tiránico, de-

bieran reflexionar que desencadenó en pleno siglo XX el más oscuro y cruel de los destierros, nombrando escoria y lumpen quienes fueron obligados con violencia fratricida a salir del país por el puerto del Mariel en la primavera de 1980.

Fidel Castro tachó con cinismo de lumpen patriotas a los que resistimos y enfrentamos la amenaza de que nuestras sanciones se agravaran hasta más de 20 años, si no nos sometíamos al exilio forzado. Miles de hombres y mujeres quedamos relegados a la marginalidad de por vida, sin más motivos que un festival absurdo de una juventud que jamás supo el costo humano de sus andares por un país que, bajo el sacrificio de gran parte de su juventud, entregó al mundo la imagen de una Cuba que, tras la escenografía, destruía familias enteras por el capricho de un indolente con talante de falso Mesías, que necesitaba congraciarse con el mundo para demostrar la improbable grandeza del socialismo totalitario. La verdad yace oculta en el alma de los sacrificados.